M. Pérez de Ayala, D. de Villalta, B. Jiménez Patón, D. de Benavides y de la Cueva, M. Ximena Jurado, J. de S. Fabián y J. de Céspedes Díaz.

El segundo apartado de esta obra es un apéndice-repertorio que recoge por orden alfabético a humanistas giennenses que aún no han sido estudiados. Los humanistas estudiados aquí son F. Aguado, J. de Aguilar, los jesuitas A. De Alarcos y M. de Albarracín, P. de Alcalá, B.J. Alderete, Fr. F. Alfaro, J. Álvarez, Fr. Anastasio de Sta. Teresa, A. de Aragón, J. de Aranda, G. Arcos y Alférez, J. Ardio y Martínez, A. de Barzana, A. De Berrio, G. Becerra, A. Calderón, J. del Caño, T. De Carleval, Fr. B. Cartes y Valdivieso, D. Castell Ros de Medrano, M. de la Cerda, P. Dagui, B. Duque Salamanca, J. Escobedo y Alarcón, F.F. de Escobedo, Fernando de Jesús [Jódar y Gallego], Fr. Francisco de Sta. María, J. Segura Dávalos, F. de Terones del Caño, Fray Tomás de Jesús, J.F. de Villava y J. Villén de Viedma. De todos ellos nos ofrece noticias sobre su biografía y su bibliografía más usual y reciente.

Completan el volumen una serie de índices: un índice alfabético de todos los humanistas giennenses estudiados en la obra en el que, además, recoge las fechas de nacimiento y muerte de cada uno de ellos. Luego encontramos un índice cronológico de los humanistas giennenses, sin enumerar aquí los humanistas que ha recogido en el apéndice-repertorio. Completan este apartado dedicado a los índices un índice analítico y un índice de ilustraciones. Finalmente, encontramos una bibliografía general donde se clasifica minuciosamente la bibliografía de forma alfabética.

El resultado es un libro poco denso y muy accesible a la hora de consultar cualquier dato sobre los humanistas giennenses, fruto de un pormenorizado estudio de la biografía y la obra de cada uno de ellos. No obstante, considero que tiene una importante carencia al no haber sido provisto de una introducción en la que se estudie el Humanismo en Jaén. A pesar de ello, este libro constituye un instrumento útil para quien quiera tomar los primeros contactos con los humanistas giennenses de los siglos XIV al XVIII.

NELIA VELLISCA GUTIÉRREZ

P. Murgatroyd, (ed.), *The Amatory Elegies of Johannes Secundus*, Leiden-Boston-Colonia, Ed. Brill (Serie *Mittelateinische Studien und Texte*, n.º 28), 2000, 214 pp.

Hay un conjunto de poetas, de grandes y hasta grandísimos poetas, que se pueden considerar los "olvidados" de la historia literaria occidental; son los llamados poetas neolatinos. Su tragedia se cifra en haber dado por válida una opción que con el paso del tiempo parece haberse revelado poco afortunada: escribir su obra poética en latín y no en vernáculo. Si talentos como Giovanni Pontano o Michele Marulo hubieran cantado sus amores en italiano, la bibliografía sobre sus fuentes, técnica, influencia, etc. sería prácticamente inabarcable hoy, cuando, en realidad, puede recogerse en poco más de un par de folios. La ignorancia generalizada de la lengua latina, unida a esto-

lidos prejuicios sobre la originalidad y sinceridad de quienes crearon literatura en dicha lengua, tiene sepultados en las tinieblas a unos autores sin cuyo conocimiento resulta imposible entender, por ejemplo, la gran poesía de La Pléiade en el siglo XVI francés.

Entre los poetas neolatinos descuella –y no es poco mérito, teniendo en cuenta los nombres antes citados– un niño prodigio holandés que con apenas veinticinco años, los que duró el hilo de su vida, demostró un dominio de la técnica poética y una familiaridad con la tradición greco-latina absolutamente apabullantes, lo que hace de él un caso único en la historia de la literatura universal; no en vano es, y seguramente seguirá siendo, el poeta renacentista en latín más estudiado. Cuando uno saborea la sensibilidad e inteligencia de sus poemas suele acabar con la sensación de que, si hubiera nacido en el siglo de Augusto, Juan Segundo de la Haya (1511-1536) habría franqueado las aduanas del tiempo y del olvido y se codearía con Catulo, Propertio, Tibulo y Ovidio –sus clásicos más queridos– en los anaqueles de nuestros departamentos de Filología.

Y es una edición comentada al estilo de las que se suelen dedicar a esos clásicos la que nos ofrece P. Murgatroyd en la obra que reseñamos. Si hasta ahora, y con razón, habían sido los célebres y celebrados *Basia* el texto más atendido de Segundo, este estudioso hace justicia a sus bellísimas *Elegías* poniéndolas, por fin, al alcance del lector moderno (se editan aquí sólo los dos primeros libros, que contienen las de asunto amoroso; Segundo dejó un tercer libro con elegías de tema literario, político, etc.). De momento, y a la espera de la edición crítica que viene prometiéndolo el más importante estudioso actual de Juan Segundo, A.M.M. Dekker, contamos con un texto bastante fiable para trabajar quienes, como el firmante de estas líneas, tenemos la suerte de encargarnos de enseñar el latín del Renacimiento a alumnos universitarios de Filología.

La obra se inicia con una nada prolija introducción que resulta suficiente para situar la figura de Segundo y su obra elegíaca en el contexto vital y cultural en que ésta se redactó. El primero de los cinco apartados en que está dividida dicha introducción se dedica a ofrecer un esbozo biográfico del poeta basado en los datos que aportan los estudios mejores y más recientes (Dekker, Schoolfield y Price); en ese apartado se nos informa, entre otras cosas, de los estudios de Segundo en Bourges bajo la tutela de Andrea Alciato, de su paso por la España de Carlos I en compañía de su hermano Nicholas Grudius, de sus amores españoles o, en fin, de las posibilidades reales que tuvo de llegar a ser secretario del propio Emperador, pronto frustradas por su enfermedad (la cual le obligó a regresar a su tierra) y temprana muerte. El segundo apartado se centra en presentar los escasos personajes que desfilan por las *Elegías* (especialmente, las mujeres a quienes van dedicadas o de las que tratan), así como a exponer los datos cronológicos que de su lectura pueden inferirse. El tercer apartado es una sucinta exposición del “Literary Background” que subyace a la obra; centrado sobre todo en la figura de los cuatro grandes poetas latinos que arriba citamos, puede y debe leerse como una conclusión general de las notas sobre fuentes e influencias que acompañan posteriormente a cada elegía y de las que luego trataremos. El cuarto apartado expone con notable precisión y claridad la estructura general de la obra de Segundo y las relaciones entre sus partes, mostrando que el holandés no se limitó a

acumular poemas aislados bajo el nombre genérico de *Elegías*, sino que intentó crear una obra coherente y unitaria en la que es posible aislar un esquema basado en líneas argumentales, simetrías y poemas que funcionan como núcleo central en torno al que giran otros. El quinto apartado recoge las habituales notas y puntualizaciones del editor-traductor acerca del trabajo que somete a nuestra consideración de lectores.

A continuación, se nos presentan enfrentados el texto latino y la traducción al inglés. El primero se basa en el manuscrito, conservado en la Bodleian Library, sobre el que trabajó el impresor de las *Elegías*; dicho manuscrito contiene anotaciones de los hermanos de Segundo, el citado Nicholas Grudius y Hadrianus Marius, quienes siempre mostraron gran celo (a veces, quizá, excesivo; vd. Introd. p. 14) a la hora de editar las obras de aquél. Se trata, pues, de un texto muy cercano al que Segundo quiso que se editara.

En lo que atañe a la traducción, cabe reseñar que Murgatroyd propone una versión poética basada en pares de versos que intentan reproducir el ritmo del dístico elegíaco: un verso con seis tiempos marcados seguido de otro con cinco. Hay muchos versos de gran belleza y apreciables efectos sonoros, como pueden ser 1.3, 22 ó 2.8, 92. No obstante, el deseo de ofrecer toda la información que condensa el verso latino—deseo que se logra— y de hacerlo con la mayor fidelidad a la forma de éste hace que a veces se advierta un tono demasiado prosaico (en su sentido estricto) al que contribuye la presencia de versos excesivamente largos combinados con otros breves y concisos (véase, por poner un único ejemplo, 1.10, 15-18). En otros casos, el afán de Murgatroyd por ser explícito le lleva a romper el encanto del verso latino: así, consideramos que en la traducción del exquisito hemistiquio “*Umbri levis umbra poetae*” no debe aparecer por parte alguna el tan bellamente aludido nombre de ‘Propercio’ (vd. 2.1, 19), pues para aclarar que es a él a quien se refiere Segundo están las ‘notes’ sobre las que vamos a tratar de inmediato. En cualquier caso, insistimos en que con esta elegante traducción el lector queda perfectamente informado de lo que pretendía decir Segundo en sus *Elegías*.

La parte que podemos considerar ‘comentario’ se reparte, para cada poema, en dos secciones: ‘Notes’ y ‘Essays’. Las primeras están dedicadas, sobre todo, a tres tareas principales: a) ofrecer otras posibilidades de traducción o matizar el sentido de algunos versos, lo que demuestra el gran dominio del texto que ha alcanzado Murgatroyd; b) explicar términos y conceptos que aparecen en los poemas (nombres de dioses y personajes mitológicos o históricos, lugares, costumbres antiguas, alusiones, etc); c) ofrecer posibles fuentes tanto formales como de contenido para los versos. Sin duda, es este último el aspecto más interesante de esos apartados y en él se aprecia una ardua tarea de detección, por más que hoy en día se vea facilitada, como el propio autor confiesa en el prefacio, por el uso del CD-ROM. Para rematar tan completa tarea nos permitiremos, por una parte, recomendar al autor que considere la presencia del poema *Ad Stellam* del libro primero del *Eridanus* de Pontano (“*Ad coenam me Stella vocas...*”) tras el comienzo de la elegía 2.2 de Segundo, y también en el verso 24 de la elegía 1.5, o, incluso, la influencia de una de las bellas *Naeniae* del propio Pontano (*De amore coniugali* 2.8: “*somne veni [...] somne veni*”) en la elegía 2.9, 43-44 (“*somnus abit [...] somnus abit*”); así mismo, entre las fuentes clásicas, la de Ovidio, *Amores* 3.7,7, en el verso 8 de esa misma elegía 2.9 (“*membra Pyrenaea candidiora nive*”).

Por otra parte, consideramos que entre las fuentes debería haberse incluido al propio Juan Segundo, puesto que en sus *Elegías* es posible detectar indudables coincidencias con otras obras suyas (así, se puede remitir a *Basia* 16, 26 y 29, en El. 2.9, 3 y 1.5, 9).

En los 'Essays' comenta Murgatroyd cada una de las elegías, ofreciendo datos sobre su función en el esquema general del poemario, las vivencias reales de Segundo que dejan entrever, su anclaje en la tradición elegíaca, etc., etc. Es, sin lugar a dudas, la parte más valiosa e interesante de su trabajo. Personalmente, hemos apreciado dos notables aciertos: en primer lugar, la consideración por parte de Murgatroyd de la ya entonces muy rica tradición neolatina, junto a la de la insoslayable tradición latina clásica (un buen ejemplo lo constituye el 'Essay' de la soberbia elegía 2.3). Juan Segundo fue, sin duda, un profundo conocedor de la rica producción poética en la lengua del Lacio generada en la Italia del siglo XV, y Murgatroyd demuestra que también lo es, puesto que establece verosímiles paralelos con la obra de importantes poetas como los ya citados Pontano y Marulo, además de Petrarca, Landino, Basini, Sannazaro o Ercole y Tito Strozzi; entre los poetas centroeuropeos aparecen en estos 'Essays' nombres como Conrad Celtis y Peter Lotichius, otro gran autor de elegías latinas en el Renacimiento. Hemos echado en falta, no obstante, una mayor atención a los poetas neolatinos franceses, especialmente a Jean Salmon Macrin, quien pudo ejercer bastante influencia en la poesía de Segundo, tal como vienen mostrando estudios recientes como los de Ph. Ford.

El otro aspecto que nos gustaría destacar es el hecho de que Murgatroyd haya sido capaz de detectar y exponer aquellos elementos —y son bastantes— en que Segundo se muestra innovador respecto a la tradición, lo que constituye uno de los valores más destacados de este poeta. Con la fulgurante poesía romana del siglo I a. C. como base y tras el alto nivel logrado por sus inmediatos predecesores renacentistas, Segundo fue consciente de que, en la mitad del siglo XVI, sólo se podía crear una gran poesía en latín reelaborando y ofreciendo nuevas perspectivas de los temas, tópicos, símbolos, mitos, etc. que caracterizaban un género poético, en este caso el de la elegía amorosa: de hecho, algo parece que quiere apuntar él mismo en ese sentido cuando, recurriendo a un símil religioso de raigambre horaciana, se declara "primus [...] nullo de more sacerdos" en la segunda *Elegia Sollemnis* (v. 21). Hasta tal punto es así que en prácticamente todos sus 'Essays' Murgatroyd se ve obligado a dedicar parte de su exégesis a esos aspectos innovadores, en lo que se demuestran una vez más sus vastos saberes, puesto que sólo puede distinguir lo nuevo quien conoce lo antiguo y tradicional.

El trabajo se cierra y complementa con las traducciones al inglés de los *Basia* y del *Epithalamium* de Segundo, para las que vale cuanto se ha indicado a propósito de la que anteriormente se ofrece de las *Elegías*. Es de lamentar que no se ofrezca esta vez el texto latino enfrentado, ni siquiera en edición ajena, puesto que se obliga al lector a acudir a alguna para poder contrastar estas traducciones con los originales. Recordemos que lo más accesible para el lector hispano es acudir a una biblioteca —que no a una librería— y requerir la edición de Olga Gete (*Juan Segundo. Besos y otros poemas*, Barcelona, Bosch, 1979), en la que hallará el texto latino de ambas obras. También puede acudir, disculpando sus erratas, a la *Anthology of Neo-Latin Poetry*, Yale U.P., New Haven-Londres 1979, de F.J. Nichols.